

EL PODER DE LA ORACIÓN



Por Ronald L. Dart

Buena tarde tengan todos, les doy una cálida bienvenida a todos nuestros visitantes. Si esto continúa nos veremos en la necesidad de tomar nuestras sillas para añadir las a las de nuestra iglesia [interferencia] aquí.

Creo que todos ustedes... ya veo, quieren que encienda el micrófono. Muy bien; empezaré de nuevo. Creo que todos ustedes estarían de acuerdo en que la oración tiene un tremendo poder. Lo decimos, asentimos con la cabeza, pero creo que nuestras acciones pueden expresar algo muy distinto. Estamos dispuestos a aceptar la premisa: “La oración tiene un tremendo poder”, pero tengo serias dudas con respecto a la medida en la que cada uno de nosotros ha llegado a creerlo y estoy seguro de que no tenemos ni idea del gran poder que hay allí verdaderamente. Quiero, por ejemplo, que reflexionen en un pasaje de las Escrituras que —probablemente— les es bastante conocido; se encuentra en Santiago capítulo 5 y versículo 16. Viene inmediatamente después de aquel pasaje de las Escrituras —que ustedes conocen muy bien— sobre la unción de los enfermos, llamar a los ancianos y que vengan y oren por ellos.

En Santiago 5:16 él dice lo siguiente:

“Confesaos vuestras ofensas unos a otros, y orad unos por otros, para que seáis sanados. La oración eficaz del justo puede mucho. Elías era un hombre sujeto a pasiones semejantes a las nuestras, y oró fervientemente para que no lloviese, y no llovió sobre la tierra por tres años y seis meses. Y otra vez oró, y el cielo dio lluvia, y la tierra produjo su fruto”

Ahora bien, todos conocemos la historia de Elías en el Monte Carmelo, todos sabemos que la primera vez que escuchamos de él —la primera vez que aparece en la escena— pronuncia lo siguiente:

“Vive el Eterno Dios de Israel, en cuya presencia estoy, que no habrá lluvia ni roció en estos años, sino por mi palabra”¹

¹ 1 Reyes 17:1 (Nota del Traductor).

Y luego Elías desaparece —ya no está allí. Ahora bien, también sabemos de su encuentro con los profetas de Baal en el Monte Carmelo, sabemos que con una corta oración pidió que descendiera fuego del cielo y luego sabemos que cuando oró —y luego de que hubo orado por algún tiempo— apareció una pequeña nube en el cielo y finalmente vino nuevamente la lluvia. Pero, ¿se han dado ustedes cuenta de que fue la oración fervorosa de Elías la que detuvo la lluvia en primer lugar? Es fascinante pensar en ello. Ahora bien, yo como que esperaba que fuera Dios el que le dijera a Elías: “Ve a decirle a Acab que vamos a detener la lluvia hasta que se arrepienta”, pero Santiago nos dice: “No, no; Elías oró fervientemente —era un hombre como nosotros y oró fervientemente para que no lloviera y no llovió por tres años y medio”. Esto casi da a entender que la idea de la sequía no fue de Dios, sino de Elías.

En el relato de Elías no se habla de oración. Aparentemente allí estaba; no sabemos cómo sabía Santiago que allí estaba. El relato en sí se encuentra en... perdón, no tengo la cita exacta... creo que está en 1 Reyes capítulo 17 y versículo 1:

“Elías tisbita, que era de los moradores de Galaad, dijo a Acab: Vive el Eterno Dios de Israel, en cuya presencia estoy, que no habrá lluvia ni rocío en estos años, sino por mi palabra. Y vino a él palabra de el Eterno, diciendo: Apártate de aquí”

Así que Elías dice que no va a ocurrir. Dios le dice a Elías:

“Apártate de aquí, y vuélvete al oriente, y escóndete en el arroyo de Querit, que está frente al Jordán. Beberás del arroyo; y yo he mandado a los cuervos que te den allí de comer”

Ahora bien, este pasaje de las Escrituras —al reflexionar por unos momentos en nuestra teología, en nuestro concepto de la forma en la que Dios obra— la forma en la que esperaríamos que se hubiera escrito sería: “El Eterno Dios vino a mí y me dijo: Ve y dile a Acab: No habrá lluvia ni rocío en estos años sino por mi palabra” (es decir, la palabra de Dios). Pero, ¿se dieron cuenta de que la condición de la lluvia en lo que dijo Elías no era la palabra de Dios sino la de Elías? Ahora bien, no quiero dar a entender que Elías estaba obrando por cuenta propia. No quiero sugerir que algunos de ustedes que están sentados hoy aquí pueden llegar a Washington, D.C., lograr entrar en la Casa Blanca y decir: “Vive el Eterno, en cuya presencia estoy, que no habrá lluvia ni rocío en estos años, sino por mi palabra porque yo soy Elías”; probablemente llovería antes de que uno saliera del edificio. Pero Elías estaba en la presencia de Dios; lo que eso significaba era que tenía el cargo de profeta. Era una persona conocida. El rey Acab sabía exactamente quién era él, el rey Acab sabía exactamente en nombre de quién hablaba. Elías² tenía la posición para hacer esta clase de solicitud. Pero déjenme decirles que es impactante meditar en la forma en la que se dijo e incluso verla, ya que anteriormente los profetas de otros lugares y de otras épocas se habían metido en aprietos por usar el pronombre en primer persona “mi”; sin embargo, la verdad es que en este caso no fue así y Santiago, de hecho, nos dice que la sequía fue como resultado de la oración fervorosa de un hombre. ¡Eso se llama poder!

² Dart dice “Acab”, pero el contexto nos indica que quiso decir “Elías” (Nota del traductor).

Nuestra imaginación ha creado una imagen de Dios que es algo incongruente con la realidad. Tenemos la tendencia a pensar: “Bueno, no sirve de mucho orar porque Dios ya sabe lo que va a hacer”. Piensen en ello. “Dios ya sabe lo que va a hacer; el futuro ya está escrito, y entonces de qué sirve que yo ore para cambiarlo. Es inútil orar porque Dios sabe lo que más conviene”. Bueno, no puedo negar que Dios sabe lo que más conviene —de eso podría haber pocas dudas; con respecto a lo que va a ocurrir —al contemplar el futuro— Dios lo sabe y también podríamos argumentar que la voluntad de Dios es lo importante, mi voluntad no es importante y como se dijo antes: Uno ha erradicado la necesidad de orar. ¿De qué sirve orar si Dios sabe lo que más conviene, mi voluntad no es importante y Dios ya sabe lo que hará?

Ahora bien, es cierto que los padres saben lo que más les conviene a sus hijos (la mayoría de las veces). La mayoría de las veces comprenden mejor qué será más conveniente para sus hijos que lo que entienden los propios hijos. Pero, díganme: Si siempre imponen su voluntad sobre sus hijos, ¿cuál será el resultado? Bueno, probablemente un rebelde o quizás acabaría uno con un hijo que llegaría a la adultez sin voluntad propia, sin agallas. Lo cierto es que los hijos tienen deseos y voluntad, ¿verdad? Poseen una mente propia, tienen voluntad propia y desean tener más. No todos sus deseos y todas las cosas que quieren hacer son buenas, pero en ocasiones necesitan obrar libremente, en ocasiones tienen que poder hacer lo que quieren, tienen que estar en riesgo en el mundo para poder llegar a ser una persona madura y uno va a tener que oír a su hijo cuando él dice: “Quiero” y uno va a tener que darles lo que quieren en algunas ocasiones, ¿verdad? De otra manera, uno tendrá pura tragedia, miseria y ayes en su familia. Pienso que la mayoría de padres lo saben.

Así que puedo decir: ¡Claro! Dios sabe lo que más nos conviene, pero hay más de una forma de desplumar una gallina, hay más de una forma en la que se puede obtener aquello que es más conveniente o mejor para nosotros, y Dios tiene la capacidad para hacer que incluso una mala idea funcione y tengo que concluir —basado en lo que leo en las Escrituras— que Dios (aparentemente) quiere conocer nuestros deseos y las cosas que queremos. “Dime qué quieres, dime cuáles son tus deseos, dime cuáles son tus esperanzas, dime lo que quisieras hacer, dime a dónde quisieras ir, ¿cuáles son tus metas?, ¿qué buscas?, ¿qué estás tratando de lograr?”. Dios lo quiere saber, ya que él está dispuesto que uno obtenga aquello que quiere (en ocasiones), está dispuesto a que uno haga lo que quiere hacer; de hecho: Él está dispuesto que sea así todo el tiempo, si así debe ser. Por supuesto, hay que saber lo que eso implica en lo que se refiere a lo que le podría pasar a uno. Dios quiere compartir la toma de decisiones y su implementación con sus hijos.

Entonces aquí tenemos a un hombre —el arquetipo de todos los profetas— llamado Elías, que se para ante el rey y le dice:

“Vive el Eterno Dios de Israel, en cuya presencia estoy, que no habrá lluvia ni rocío en estos años, sino por mi palabra”

Cuando yo diga que lloverá, lloverá; y Santiago nos dice que Elías oró fervientemente para que no lloviera y no llovió. Es aleccionador pensar en ello.

La palabra griega para el verbo “orar” viene, literalmente, de dos palabras; una es “querer o desear” y la otra es “a o hacia”. La palabra literalmente significa “desear hacia o querer a”. En otras palabras, significa “poner la voluntad de uno hacia Dios”, nuestros deseos, nuestros anhelos. Y pienso que probablemente hay ocasiones en las que dudamos al respecto, ya que pensamos que nuestra voluntad no es importante. Es cierto que la voluntad de Dios es más importante que la nuestra, es correcto decir “hágase tu voluntad y no la mía” —por supuesto que siempre es bueno decir “hágase tu voluntad”— pero eso no significa que nuestra voluntad no sea importante, eso no significa que Dios sea indiferente a nuestros anhelos ya que todo lo que está en la Biblia nos dice que al orar podemos cambiar las cosas, que al orar podemos lograr cosas, que al orar podemos — de hecho— cambiar la mente de Dios, su propósito y lo que Dios piensa hacer; creámoslo o no.

Así que tenemos este reconocimiento implícito que tenemos anhelos, que tenemos voluntad, que son cosas legítimas y merecen ser escuchadas.

No todo está decidido. No todo está escrito. Eso es algo que algunos dicen: “Es el destino; está escrito” —supongo que es un dicho del Islam (“está escrito”) y piensan que eso es lo que ocurrirá, estaba escrito que habría de ocurrir así y así será—; bueno, la Biblia que usted y yo leemos no lo dice. No está escrito. Dios está abierto a ser persuadido. Dios está abierto a razonar. Dios está dispuesto a oír su versión y frecuentemente está dispuesto a hacer lo que usted desea que él haga.

Un muy buen ejemplo de esto lo encuentro en aquella última noche —la noche en la que Jesús fue traicionado—. La historia se halla en Lucas capítulo 22 y voy a comenzar a leerles a partir del versículo 39. Después de la última cena, Jesús y sus discípulos descendieron a través del torrente del Cedrón hacia Getsemaní al pie del Monte de los Olivos. Sus discípulos lo siguieron.

“Cuando llegó a aquel lugar les dijo: Orad que no entréis en tentación. Y él se apartó de ellos a distancia como de un tiro de piedra; y puesto de rodillas oró”

Frecuentemente se pregunta —me apartaré brevemente del tema— ¿tengo que arrodillarme cuando oro? Bueno, en primer lugar les diré que en la Biblia hay ejemplos de oración en casi toda postura que ustedes puedan imaginarse. Uno ora sentado, parado, postrado en el suelo con el rostro sobre la tierra, arrodillado; puedo imaginarme que si hubiera una ocasión en la que alguien orara colgado de los pies boca abajo en un pozo... estoy casi seguro de que Jeremías oró cuando estaba hasta las axilas en una fosa séptica de Jerusalén³. La oración puede hacerse en cualquier momento, en cualquier postura, en cualquier posición —eso lo sabemos.

La palabra que se usa aquí es apropiada porque no denota “arrodillarse”. La palabra “arrodillarse” significa poner las rodillas en el suelo. Esta palabra no denota “arrodillarse”. Hay una palabra que significa eso y lo extraño de esa palabra es que no se usa en ninguna parte del Nuevo Testamento para la oración. Alguien viene a Jesús y se arrodilla ante él. El arrodillarse es una forma de reverencia, es una forma de humillarse ante alguien y, entonces, es bastante apropiado

³ Jeremías 38:6 (N. del T.)

arrodillarse ante Dios. La palabra que se usa aquí... la denotación de la palabra es “poner”; eso es todo, y entonces tiene una amplia variedad de aplicaciones en el Nuevo Testamento y la idea es ponerse a sí mismo en una posición pasiva y no en una posición asertiva. En la Biblia, las posturas de las que uno lee... la posición rígida o derecha es la que uno tiene al comunicarse con un igual, pero uno rompe esa línea derecha (en varias formas) al reverenciar a alguien: uno puede inclinarse, uno puede arrodillarse, uno puede caer a tierra postrado (aunque hay otra palabra que se usa para ello), se combina con la idea de adoración o reverencia, con inclinarse y la idea es — con una gran variedad de aplicaciones— asumir una posición pasiva para venir ante la presencia de Dios, una postura apropiada. Uno puede clamar a Dios en cualquier lugar, en cualquier momento, pero hay un tiempo para unir el cuerpo y la mente y dar a conocer formalmente a Dios nuestros deseos y nuestra voluntad, y uno no puede concentrarse completamente en Dios mientras uno conduce su carro. ¿Es correcto orar mientras uno conduce? A veces no dispone uno de mucho tiempo cuando va a estrellarse en contra de algo; pero sí, es correcto orar mientras uno conduce, pero eso no sustituye la oración privada, concentrada, en la que nuestro cuerpo también ora y está en una posición de oración y cuando uno ha entrado en oración con Dios.

“Y él se apartó de ellos a distancia como de un tiro de piedra; y puesto de rodillas oró diciendo: Padre, si quieres, pasa de mí esta copa; pero no se haga mi voluntad, sino la tuya”

Ignoro, en realidad, si dijo mucho más o no. Al ver todos los testimonios, concluyo que estuvo allí más tiempo que tan sólo unos instantes en esta oración, en ese lugar, en ese momento. Sin embargo, hace esta oración muy corta, pero se queda allí.

“Y se le apareció un ángel del cielo para fortalecerle”

Había mucho en juego aquí ya que Jesús había llegado a un momento que sabía tenía que encarar y sin embargo al llegar a él le espantaba muy profundamente.

Hay una teología curiosa que intenta surgir de vez en cuando. Ésta dice que todo esto fue fácil para Jesús, que —después de todo— él era Dios, sabía qué iba a acontecer en el futuro y que simplemente podía hacer esto de lado y deshacerse de ello, que era completamente imposible que Jesús llegara a pecar o a fracasar o a equivocarse o deslizarse o caer, ¡era completamente imposible! Sabemos que no pecó, pero la Biblia en ninguna parte nos dice que era imposible que lo hiciera. Todo indica que Jesús está en riesgo y la cuestión es dudosa. De hecho, la cuestión fue dudosa hasta el momento en el que finalmente se tomó la decisión. Jesús pudo haberse detenido en cualquier momento entre su arresto y cuando murió en el madero. Pudo haberse detenido y pedir —y haber obtenido— legiones de ángeles para que lo bajasen de allí (en cualquier momento). En cualquier momento pudo haber cancelado el contrato, hasta que murió. No habría sido un ser humano si no hubiese sentido pavor ante lo que tenía que hacer aquella noche. No hubiera sido tentado como lo somos usted y yo si no tenía miedo. ¿Miedo de qué? Pues, miedo del dolor. Cualquier ser humano que se encuentre en sus cabales le teme al dolor; así hemos sido creados —es natural, es natural que le temamos, es natural que no queramos pasar por él, toda persona que desee el dolor no está bien de la mente. Así que entendemos que Jesús se puso a

orar allí y dijo: “Padre, si es tu voluntad, no lo hagamos; busquemos otra alternativa, pero” —dijo él— “no se haga mi voluntad, sino la tuya”.

Sinceramente creo que gran parte de las oraciones que las personas debieran estar haciendo debería consistir en presentar su voluntad ante Dios y exponer argumentos; no derrotarse, no decir simplemente “bueno, me doy por vencido”, “no lo voy a intentar”, “lo que tu decidas está bien, y yo voy a ir a ver la televisión mientras tú decides, Señor, lo que vas a hacer en esta situación”. Nos derrotamos demasiado fácil. La oración, en gran parte, se trata de una lucha entre usted y Dios. ¿Piensa usted que esa historia bíblica de Jacob que lucha contra el Ángel —que de hecho era el Mensajero de Jehová, quien de hecho probablemente era el Ser que conocemos como Cristo— cree usted que eso está en la Biblia solamente como un bonita historia entre paréntesis? ¿No es cierto que entendemos que él de hecho se sujetó fuertemente de él, que le había hecho una llave a este Mensajero y que le dijo “no te soltaré a menos que me bendigas”? Quien haya sido el que luchó con Jacob aquella vez, se rebajó varios niveles ya que pudo haberle puesto fin a esta batalla cuando así lo quisiera, pero la verdad es que estuvo dispuesto a aceptar esa lucha. La oración, en muchos casos, debería ser una lucha entre su voluntad y la de Dios; y al estar luchando, uno da a conocer su voluntad, uno expone sus argumentos, uno lucha por su “caso” y uno regresa vez tras vez ante Dios por su “caso”. La tendencia sería pensar “bueno, ya se cansó de escucharme o no quiere oírme”. Bueno, tal vez si se cansa de escucharlo, le dará lo que usted le está pidiendo. ¿Piensan que eso es una locura? Les mostraré en unos momentos que no es así.

Todo estaba en juego. Aquella no fue una oración automática simulada de parte de Cristo. La evidencia que tenemos para ello es que un ángel vino y lo fortaleció; un ángel vino y le añadió fuerzas a Jesús, lo cual quiere decir que sin el ángel bien pudo no haber habido suficiente fuerza para lograrlo; es algo muy revelador.

“Y estando en agonía, oraba más intensamente; y era su sudor como grandes gotas de sangre que caían hasta la tierra”

No se rindió después de la primera ronda de oración, sino que estaba en agonía al respecto y el sudor... esta es una lucha, es una lucha de vida o muerte de alguien que no quiere pasar por algo pero que sabe que debe de hacerlo. Se está dando una tremenda lucha de voluntades; nada se daba por sentado.

“Cuando se levantó de la oración, y vino a sus discípulos, los halló durmiendo a causa de la tristeza”

Noten aquí que “se levantó de la oración”. Se levantó —o sea que estaba abajo— y se alejó de la oración —cosa que le da a la oración... la oración es un lugar, un tiempo, una actividad, es una compenetración de la que uno puede alejarse, no es algo que... yo sé que uno puede orar como parte de la actividad cotidiana durante el día, pero la oración —y el tiempo y la hora de la oración— es un tiempo en el que uno va a orar y uno puede salir de ella al terminar, es un tiempo

en el que uno “desciende” a orar y uno puede “levantarse” de la oración, es un tiempo formal que uno aparta y uno va a su Dios.

No se trata de una postura exacta, pero sí existe una postura de oración en el cuerpo y en la mente y todos necesitamos ir a esa postura de oración por lo menos una vez al día y darle a conocer a Dios nuestros deseos y nuestros anhelos.

En otra ocasión Jesús dio una parábola a las personas que se hallaban a su alrededor sobre la necesidad de orar siempre, y no desmayar; está en Lucas 18 y versículo 1:

“También les refirió Jesús una parábola sobre la necesidad de orar siempre, y no desmayar, diciendo: Había en una ciudad un juez, que ni temía a Dios, ni respetaba a hombre. Había también en aquella ciudad una viuda, la cual venía a él, diciendo: Hazme justicia de mi adversario. Y él no quiso por algún tiempo; pero después de esto dijo dentro de sí: Aunque ni temo a Dios, ni tengo respeto a hombre, sin embargo, porque esta viuda me es molesta”

Ahora bien, este juez no es Dios. Este juez es un hombre, es un juez humano real en una parábola que nos es dada para ayudarnos a entender ciertas cosas con respecto a la oración. “Esta viuda me está molestando, así que le voy a dar la venganza que quiere, no sea que viniendo de continuo me agote la paciencia”. Y el Señor dijo “quiero que escuchen lo que dice el juez injusto”

“¿Y acaso Dios no hará justicia a sus escogidos, que claman a él día y noche? ¿Se tardará en responderles?”⁴

Puede esperar, puede esperar, puede esperar, pero tarde o temprano nos hará justicia; tarde o temprano nuestra voluntad y la voluntad de Dios se unirán y no siempre será nuestra voluntad la que ceda; a veces la voluntad de Dios vendrá a la nuestra.

“Os digo que pronto les hará justicia. Pero cuando venga el Hijo del Hombre, ¿hallará fe en la tierra?”

Dios se pregunta si encontrará personas que perseveren. Yo francamente creo que nos damos por vencidos demasiado fácil. Decimos “bueno, Dios sabe lo que es mejor; que se haga su voluntad”. Pero, ¿acaso no tenemos una voluntad propia?, ¿no sabemos lo que queremos?, ¿no tenemos deseos?, ¿no tenemos esperanzas?, ¿no tenemos sueños? “Bueno, sí, pero lo que yo pido es algo tan pequeño”. Mmm. Hay un proverbio —Proverbios 3:5; no tienen que buscarlo, se los leeré—:

“Fíate del Eterno de todo tu corazón, y no te apoyes en tu propia prudencia. Reconócelo en todos tus caminos, y él enderezará tus veredas”

No existe nada en su vida que sea demasiado pequeño para Dios y ciertamente no hay nada en nuestras vidas que sea demasiado grande para él.

⁴ La versión inglesa de la que lee Dart (la King James) no pone la última frase del versículo como pregunta: “Aunque se tarde en responderles”. (N. del t.)

Veamos otra parábola en Lucas 11 y versículo 5:

“Les dijo también: ¿Quién de vosotros que tenga un amigo, va a él a medianoche y le dice: Amigo, préstame tres panes, porque un amigo mío ha venido a mí de viaje, y no tengo qué ponerle delante; y aquél, respondiendo desde adentro, le dice: No me molestes; la puerta ya está cerrada, y mis niños están conmigo en cama; no puedo levantarme, y dártelos? [despertaré a toda mi familia si lo hago]. Os digo, que aunque no se levante a dárselos por ser su amigo, sin embargo por su importunidad”

Es decir, porque el amigo dice “no me voy a ir hasta que te levantes y me des el pan” se lo dará, no porque sea su amigo, sino para poder dormir un poco.

En cierta forma es extraño que estos dos ejemplos nos sean dados en la Biblia para enseñarnos la perseverancia en la oración. Aquí los tenemos, fueron enseñados por Jesucristo y el ejemplo es evidente: “Amigos, ustedes se rinden muy fácilmente”. La persistencia es una táctica para vencer en muchas discusiones. La perseverancia es una táctica para obtener la victoria en la oración. Y Jesús dijo:

“Y yo os digo: Pedid, y se os dará; buscad, y hallaréis; llamad, y se os abrirá. Porque todo aquel que pide, recibe; y el que busca, halla; y al que llama, se le abrirá”

¿Qué quieres? Búscalo. ¿En dónde quieres entrar? Toca la puerta, pide, busca, escudriña, sé perseverante.

“¿Qué padre de vosotros, si su hijo le pide pan, le dará una piedra?, ¿o si pescado, en lugar de pescado, le dará una serpiente? ¿O si le pide un huevo, le dará un escorpión? Pues si vosotros, siendo malos, sabéis dar buenas dádivas a vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre celestial dará el Espíritu Santo a los que se lo pidan?”

Sé que todos ustedes conocen este pasaje de las Escrituras, pero al unirlo con las dos parábolas con las que yo lo uní y al darse uno cuenta de que Dios espera que vengamos ante él una y otra y otra vez, uno se pregunta: ¿Por qué espera él eso de nosotros?

Pienso que parte de la respuesta tiene que ver con la pregunta de si realmente lo queremos o no, de cuán profundamente lo deseamos, de si es lo suficientemente importante para nosotros o no y si no es lo suficientemente importante para nosotros como para hacernos perseverar, ¿por qué habría de ser importante para él?

Pero, ¿es que puede uno realmente discutir con Dios? ¿Puede uno hacerlo? Bueno, Santiago capítulo 1 dice algo interesante, y pienso que lo hemos visto pero quizás no en la forma en la que deberíamos.

“Y si alguno de vosotros tiene falta de sabiduría, pídala a Dios, el cual da a todos abundantemente y sin reproche, y le será dada. Pero pida con fe, no dudando nada; porque el que duda es semejante a la onda del mar, que es arrastrada por el viento y

echada de una parte a otra. No piense, pues, quien tal haga, que recibirá cosa alguna del Señor”

Ahora bien, en términos generales la forma en la que he escuchado que se predica esto es la siguiente: Que uno tiene que pedir en fe y que la fe de uno no debe fluctuar; es decir: uno tiene que creerlo verdaderamente y uno tiene que producir de alguna manera esta fe en el interior; uno tiene que ser constante en el creer, porque si la creencia de uno fluctúa y si uno duda en su creer no va a obtener lo que pide. No creo que sea exactamente eso de lo que este hablando Santiago aquí, ya que es rara la persona que no tenga momentos de duda y cuando uno va a Dios en oración y uno no está seguro de cuál es la voluntad de él y uno ni siquiera sabe si está pidiendo lo que más conviene para esta persona o para uno mismo o para cualquier otra persona, es difícil entrar allí y saber que uno recibirá aquello que solicita.

Sin embargo, cuando uno ve esto, al decir “pida con fe, no dudando nada; porque el que duda...”, “dudar” en este sentido es “botarlo”, orar al respecto y “botarlo” y existe una incertidumbre sobre si realmente lo quiere o no. Es una gran prueba. ¿Qué quiere uno realmente? Y francamente, es allí donde la mayoría de nosotros encaramos nuestros problemas. Nuestros anhelos, nuestros deseos son así de profundos —muy, muy superficiales— y muchas veces no meditamos en ellos. Por ejemplo, sé que si la persona tiene una discusión con su esposa o con su marido, algo que hace que una discusión se vuelva muy interesante es decir “muy bien, dime qué es exactamente lo que quieres”. Frecuentemente sigue un silencio por unos momentos debido a que —la verdad— frecuentemente no tenemos una idea clara de qué queremos exactamente o lo que pasa es que estamos un poco asustados de decir lo que queremos porque si lo decimos y la persona nos da lo que queremos, ya no hay nada más de qué hablar o a dónde ir. “Tú me pediste aquello y yo te lo di” dice ella, “¿qué más hay?”.

“El hombre de doble ánimo es inconstante en todos sus caminos”

Yo diría que una de las cosas —quizás una de las cosas más importantes que ocurren en la oración— no es solamente dar a conocer a Dios nuestra voluntad y nuestros deseos, sino descubrir cuáles son éstos realmente, descubrir qué quiere uno realmente; ya que podemos saber lo que usted verdaderamente quiere por aquello por lo que regresa una y otra vez, si persevera y si es algo que usted verdaderamente quiere o si está utilizando una lista de forma sistemática que usa cada vez que se pone de rodillas para orar. No estoy diciendo que las listas sean malas —no se trata de eso—, lo que pregunto es si es esto algo que uno verdaderamente quiere o es algo que se hace de acuerdo con las reglas, pero sin creer que se vaya a conseguir nada.

Creo que “no dudando nada” tiene que ver con darse por vencido; la oración de uno no será contestada si uno no está dispuesto a aferrarse a ello, aunque yo diría que aferrarse a ello no significa que uno vaya a obtenerlo, pero Dios quiere saber si uno lo quiere realmente o si se dará por vencido.

Si ustedes recuerdan, Abraham discutió con Dios para salvar a la ciudad de Sodoma. Pienso que estaba pensando en Lot y en su pueblo, pero creo que probablemente también pensaba que

quizás había unos cuantos justos más en Sodoma que ellos —así que discutió con Dios y lo llevó al límite hasta pensar que había ido demasiado lejos y dijo: “No se enoje ahora mi Señor; voy a volver hablar sobre esto una vez más”. La implicación de “no te enojés conmigo” es que Abraham estaba consciente de que podía presionar demasiado a Dios. No creo que pudiera hacerlo —no con el espíritu y la actitud correcta—, pero me muestra que esta fue una sesión intensa de regateo entre Dios y Abraham, y sin embargo persistió hasta que llegó —según él— a lo más cerca de lo que él quería que ocurriera.

¿Por qué lo permitió Dios? ¿Por qué no le dijo Dios que no se metiera en donde no lo llamaban? ¿Por qué Dios no le dijo “yo ya sé que no hay nadie allí; estás perdiendo tu tiempo. Voy a sacar a Lot. Olvídalo”? Creo que es porque Dios quiere que nosotros, como sus hijos, tengamos nuestra propia voluntad, quiere que tengamos nuestros propios anhelos, nuestros propios deseos y que luchemos por ellos y que aprendamos de esa lucha y que aprendamos a ser como él al estar luchando con su voluntad y lo que él quiere hacer. Pienso que le agradó que Abraham persistiera en este argumento.

Hubo otra ocasión —que me parece fascinante— en la que Dios estaba “hasta aquí” (como dice el dicho) con Israel. Se habían rebelado. Se habían rebelado y luego se rebelaron un poco más. En Éxodo 32 y versículo 9 hay un encuentro muy interesante entre Dios y Moisés. Y antes de comenzar a leerlo les quiero decir que no creo que Dios haga una finta, no creo que jamás lo haga.

“Dijo más El Eterno a Moisés: Yo he visto a este pueblo [He visto todo lo que quiero ver] que por cierto es pueblo de dura cerviz. Ahora, pues, déjame que se encienda mi ira en ellos, y los consuma; y de ti yo haré una nación grande”

Ahora bien, como dije antes, jamás supongamos que Dios no estaba preparado para hacerlo. Había destruido toda la tierra excepto a Noé y su familia y empezó de nuevo. Dios está listo, en cualquier momento, para quitar todas las piezas del tablero y empezar de nuevo. Así que jamás pensemos que Dios hace fintas, nunca pensemos que está bromeando con uno, jamás pensemos que está jugando. Creo que fue Einstein quien dijo que Dios es, en ocasiones, sutil, pero jamás malicioso; y pienso que uno puede vivir según ese principio.

Así que le dijo “déjame, los voy a matar, los voy a consumir y empezaré de nuevo contigo”; por lo tanto supongo que nos llamaríamos “moisesitas” en lugar de “israelitas” con el paso del tiempo. Claro está que probablemente no seríamos usted y yo sino que quizás sería alguien más.

“Entonces Moisés oró en presencia de El Eterno su Dios, y dijo: Oh Eterno, ¿por qué se encenderá tu furor contra tu pueblo, que tú sacaste de la tierra de Egipto con gran poder y con mano fuerte?”

“¿Por qué estás haciendo esto?” Moisés pregunta.

Ahora bien, en la teología de la mayoría de personas cuando Dios dice “déjame”, ese hubiera sido el final de la conversación. La teología de la mayoría de personas hubiera hecho que se arrinconaran huyendo como un ratoncito y que dijeran: “bueno, bueno; haz lo que quieras”

debido a que tendrían miedo. Moisés era un hombre manso, pero no tenía miedo. No solamente no tenía miedo de los hombres sino que tampoco tenía miedo de Dios y pienso que es algo impresionante ver que este hombre se plantó ante Dios y presentó sus argumentos por algo que quería. Moisés, en el fondo de corazón, no quería que Israel fuera destruido. Eran su pueblo. Los conocía. Los quería. Se preocupaba por ellos y dijo “no, no lo hagas”.

Lo que también es interesante al respecto es que no sólo dijo “quiero” sino que le dijo a Dios por qué; presentó su “caso”, discutió con Dios —cosa que me temo que nosotros, muchas veces, no hacemos al orar. “Dios, sana a mi hermana, pero no se haga mi voluntad sino la tuya. En el nombre de Jesús. Amén” y vamos para afuera y ya estamos en otro lado. ¿Por qué habría de hacerlo? Bueno, ¿por qué habría de hacerlo? ¿Por qué habría Dios de contestar nuestra oración en la que pedimos sanidad para nuestra hermana, o para nuestra madre o nuestro padre? Hay mucha gente enferma en este mundo, ¿qué hace que nuestro padre sea tan especial? ¿Por qué habría Dios de conseguirle un trabajo a uno? Uno no tiene trabajo... hay muchas personas desempleadas, algunas de ellas son mejores personas que nosotros. ¿Por qué habría de darnos un trabajo que alguien más pudo haber obtenido? Díganme. Hay dos posibles reacciones. Una sería derrotarse y arrastrarse hacia una esquina y decir “supongo, entonces, que no merezco un empleo y no merezco cosa alguna, etcétera” y la otra sería ir ante Dios y decirle “te agradecería mucho que me dieras este trabajo y estas son mis razones” y defender nuestro “caso”. Y uno tiene un “caso”, uno tiene razones, uno tiene argumentos que puede presentar. No podríamos ser un pueblo tan pleitista y peleonero si no tuviéramos algunas destrezas para discutir. ¿Tenemos miedo de discutir con Dios? Probablemente; pero de todas las personas con quienes uno no debería de temer discutir, Dios es el principal. Uno puede discutir con él; no lo va a matar a uno, no lo va a consumir; es posible que uno aprenda una o dos lecciones, pero el que uno esté dispuesto a hablar con él, a defender nuestro caso ante él es algo muy importante en nuestro proceso de aprendizaje y también para el desarrollo de la relación entre uno y Dios conforme vamos creciendo.

Moisés dijo:

“¿Por qué han de hablar los egipcios, diciendo: Para mal los sacó, para matarlos en los montes, y para raerlos de sobre la faz de la tierra? Vuélvete del ardor de tu ira”

¡Moisés le está diciendo a Dios qué hacer! Le dice:

“arrepíentete de este mal contra tu pueblo”

Moisés le dice a Dios que se arrepienta. Realmente hay que meditar en esto.

“Acuérdate de Abraham, de Isaac y de Israel tus siervos, a los cuales has jurado por ti mismo, y les has dicho: Yo multiplicaré vuestra descendencia como las estrellas del cielo; y daré a vuestra descendencia toda esta tierra de que he hablado, y la tomarán por heredad para siempre”

¿Cuál fue el resultado? ¿Acabó Moisés destruido? ¿Fue Moisés consumido por un pilar de fuego del cielo? No.

“Entonces El Eterno se arrepintió del mal que dijo que había de hacer a su pueblo”

Dije en este sermón que tenemos el mal hábito de crear nuestra propia imagen de Dios y de pensar que Dios es así como lo imaginamos; y esta imagen que tenemos de él es que es muy rígido, muy inflexible, muy remoto, distante, que es automático, que todo está con líneas cuadradas y que ya todo está trazado, que sabe exactamente lo que va a hacer y todas estas cosas... tenemos esta imagen en nuestra mente.

La realidad es mucho más... ¿cómo la podríamos llamar?, ¿más con los pies sobre la tierra? Ya que Dios está dispuesto a descender a la Tierra y luchar en el polvo con el hombre; Dios está dispuesto a descender a nuestras vidas y luchar con nuestra vida, al lado nuestro; está dispuesto a escuchar nuestros problemas; está dispuesto a ayudarnos a solucionar nuestros problemas; está dispuesto a escuchar nuestros razonamientos; está dispuesto a razonar con nosotros; está dispuesto a enseñarnos pacientemente las lecciones que necesitamos aprender. Dios está mucho más cercano, mucho más palpable, mucho más abordable que lo que nosotros imaginamos. Ya que el Dios de nuestra imaginación no es el Dios de la Biblia ni el Dios que se ha revelado a sí mismo al hombre.

Bueno, Dios se arrepintió.

Ya dije que no creo —ni por un instante— que Dios estaba haciendo una finta. Durante un momento terrible, toda la familia de Israel —y su vida y su futuro, y todo lo que habría de nacer de ella— estaba en la balanza.

En conclusión: ¿Pueden ir a Santiago 4, versículo 1?

“¿De dónde vienen las guerras y los pleitos entre vosotros? ¿No es de vuestras pasiones, las cuales combaten en vuestros miembros? Codiciáis, y no tenéis; matáis y ardéis de envidia, y no podéis alcanzar; combatís y lucháis, pero no tenéis lo que deseáis, porque no pedís”

¿Saben? Me pongo a pensar en todas las luchas de la vida por las que pasamos y en todas las batallas que peleamos y esto de “matáis y ardéis de envidia, codiciáis y no tenéis, combatís y lucháis pero no tenéis lo que deseáis”; no llegamos a matar, no estamos haciendo nada parecido pero la imagen es de una batalla continua para lograr las cosas según la metodología, el sistema, la forma que nosotros podamos producir, las soluciones que podamos hallar aplicando las mentes geniales que Dios nos ha otorgado a los problemas de la vida, y seguimos teniendo conflicto los unos con los otros y peleamos y luchamos y hacemos la guerra y hasta llegamos a tener la actitud de homicidio de vez en cuando al luchar, y en todo esto ¡no tenemos porque no pedimos! Y cuando pedimos, pedimos mal para gastarlo en nuestros deleites. Y la verdad es que en la mayoría de los casos cuando pedimos, para gastarlo en nuestros deleites, lo hacemos una vez y ya, porque no estamos dispuestos a luchar con Dios. Y de alguna forma, en nuestro interior, al lanzar

aquellas cosas que queremos —y que no deberíamos de tener— no las volvemos a repetir ante Dios porque sabemos que no deberíamos de tenerlas, ¿verdad? Y luego, la pregunta es: ¿Está usted dispuesto a luchar con Dios y luchar consigo mismo y pedirle aquello que usted quiere?

Incluso en la iglesia hay una enorme tentación en la que caemos muy frecuentemente de pensar que nosotros podemos descubrir la forma en la que esto debe de hacerse, nosotros podemos encontrar la solución, nosotros podemos sopesar todas las oportunidades y las opciones y la forma de obtener las cosas y podemos tomar decisiones y llevar a cabo experimentos y hallar la forma de hacer estas cosas y nos abrimos paso luchando tratando de encontrar el camino de Dios o la forma de hacer las cosas con la que Dios estará complacido y que funcionará para Dios y logrará cosas para Dios, y no tenemos porque no pedimos. Es muy sencillo, ¿verdad? ¿Y acaso no tiene lógica? ¡Claro! ¡Claro! Ya que la verdad es que hay un enorme poder en la oración para hacer las cosas que queremos y lograr las cosas que quiere Dios y ponernos como instrumentos en las manos de Dios en armonía con lo que él está llevando a cabo, o si no: persuadirlo para que autorice bendecir aquello que queremos hacer —cosa que él hará, cosa que él hará— y que haga que funcione. Dios puede tomar un mal plan y hacer que funcione, y lo ha hecho porque quiere, porque alguien hizo que él quisiera, porque alguien le pidió que lo hiciera. A veces, con eso basta.

“Pedís, y no recibís, porque pedís mal, para gastar en vuestros deleites. ¡Oh almas adúlteras! ¿No sabéis que la amistad del mundo es enemistad contra Dios? Cualquiera, pues, que quiera ser amigo del mundo, se constituye enemigo de Dios. ¿O pensáis que la Escritura dice en vano: El espíritu que él ha hecho morar en nosotros nos anhela celosamente”

Claro que sí.

“Pero él da mayor gracia. Por esto dice: Dios resiste a los soberbios, y da gracia a los humildes”

Así que lo que busca Dios es una persona que se acerque a él en humildad, pero que no se derrote; que vendrá a él en humildad y que perseguirá lo que quiere y lo que desea hasta que su voluntad y la voluntad de Dios sean una.

“Someteos, pues, a Dios; resistid al diablo, y huirá de vosotros. Acercaos a Dios, y él se acercará a vosotros”

¿Cómo se hace eso? No conozco otra forma que no sea acercarse a Dios en oración perseverante y humilde —la oración que se da cuando uno va a un lugar privado y uno entra en oración con Dios, para que haya un tiempo en el que uno esté en oración con Dios y un tiempo en el que uno salga de la oración con Dios, un tiempo formal (si quieren llamarlo así) de oración con Dios. No conozco una forma distinta que no sea hacer aquello —estudiar su Palabra y orar y acercarse a él.

“Acercaos a Dios, y él se acercará a vosotros. Pecadores, limpiad las manos; y vosotros los de doble ánimo, purificad vuestros corazones. Afligíos”

Quiere decir ayunen, si necesitan hacerlo.

“y lamentad, y llorad. Vuestra risa se convierta en lloro, y vuestro gozo en tristeza”

Hay un tiempo para reír, pero también hay un tiempo para estar tristes.

“Humillaos delante del Señor, y él os exaltará”

La verdad es que hay un tremendo poder en la oración; mucho más que el que usted y yo podamos imaginar y ciertamente más que el que usted y yo hayamos tan siquiera comenzado a explotar.